

LA EDUCACIÓN, BUENA NOTICIA PARA EL HOMBRE DE HOY

Objetivo:

Contemplar la acción educativa como medio privilegiado para el crecimiento y la edificación de la humanidad para la construcción del hombre jubilar venciendo la acedia que recluye nuestro corazón.

Ver

Los tiempos de la sociedad de la información, el internet de alta velocidad y las conversaciones en plataformas instantáneas nos han permitido pensar, erróneamente, que cada uno de nosotros es, en tiempo real, profesional de educación. Pero nada más serio que la educación, tanto propia como de aquellos que nos son encomendados por la Providencia. Y esto sirve para padres de familia, educadores profesionales, políticos y servidores públicos. El tema de la educación es, quizá, el más importante de la vida humana, porque es simplemente la educación quien la construye.

En el momento actual prácticamente todos los sistemas educativos del mundo se están reformulando, dando lugar a una verdadera revolución educativa, que no siempre termina en buenas prácticas educativas o en las mejoras de la educación que se esperaban. Es más, según el pensamiento de Benedicto XVI, en Occidente existe una marcada crisis antropológica. Probablemente el ser humano no tiene claridad sobre su lugar en el mundo en este momento. Dicha crisis tiene su origen en una crisis de mediación, de cómo transmitimos el mundo a los demás. Podría llamarse perfectamente “crisis educativa”. En el pensamiento de dicho Pontífice el término “crisis” ha sido sustituido por el de “emergencia”. En pocas palabras, la crisis antropológica actual debe ser atendida desde la idea de una emergencia educativa. Dichas crisis se resolverán gracias a las acciones educativas de los adultos de hoy o no se resolverán¹.

La emergencia educativa se entiende desde dos perspectivas. En la primera, efectivamente, la educación se encuentra en ese momento crítico, en estado de “gravedad”, a pesar de las ya mencionadas grandes y tantas reformas educativas parece que los resultados no superan aquellos dados en el pasado como fruto de la misma acción educativa. No podemos apartarnos de esta premisa si queremos de verdad entender lo que es la educación. Pero el segundo significado es más alentador. La emergencia educativa, o su estado crítico, es para nosotros la oportunidad de “hacer emerger” algo nuevo, revitalizando la educación en todos sus niveles y presentaciones. La emergencia educativa presenta para nosotros la posibilidad de encontrar un nuevo sentido a nuestra responsabilidad como educadores².

El gran riesgo de la educación actual no solo es su calidad, pertinencia y alcance. Lo es el hecho de una gran cantidad de dichos sistemas no tiene un horizonte antropológico claro, es decir, no saben qué tipo de hombre están construyendo. Este es el gran desconcierto de la educación actual.

Entre las consecuencias de esta “emergencia educativa” se encuentra aquello que sucede en el interior del docente, quien experimenta una profunda frustración por el fracaso educativo. El estudiante o incluso la familia rechaza o denigra la intervención educativa del profesional, de la escuela, de la Parroquia, de casi cada agente educativo. Dicha frustración puede convertirse en un estado emocional permanente, provocando un círculo vicioso entre acción educativa frustrada realizada por personal educativo frustrado.

Pensar

“Aborrecí la vida, porque me disgustaba cuanto se hace bajo el sol, pues todo es vanidad y querer atrapar el viento. Aborrecí también todos los trabajos en que me esforcé bajo el sol, y que habré de dejar a mi sucesor. ¿Quién sabe si será sabio o necio? Pero él disfrutará de todo el trabajo que hice con fatiga y sabiduría bajo el sol. También esto es vanidad” (Qohelet 2, 17-19).

Una emergencia educativa severa que golpea a prácticamente todo el mundo puede provocar una visión de la vida y de su sentido como el mencionado en el texto bíblico. El sentimiento espiritual provocado por la incapacidad de reaccionar ante tal situación puede ser llamado acedia.

El texto bíblico presentado tomado del libro del Eclesiastés presenta la queja del sabio cuya suerte puede ser equiparada con la del necio provocando aflicción y, por supuesto, la pregunta obligada: si es posible que la suerte del que cultiva su alma puede ser igual a la de quien no lo hace ¿Qué sentido tiene entonces tanto esfuerzo? Para nuestro caso sería algo así como: si la crisis antropológica y la educativa no tienen solución ¿qué sentido tiene tanto esfuerzo?

Interrogantes como las anteriores pueden dejar al hombre, y al educador, totalmente perplejo, con el corazón acedo. La acedia, según las enseñanzas de los Padres de la Iglesia es una enfermedad del alma, de las pasiones, es decir, muy cercana al alma, similar a una tristeza prolongada donde el espíritu queda sutilmente perturbado, con estado de miedo interior, sin aparente causa. Según Rivas Rebaque (a quien seguimos en esta meditación), las causas que la suscitan son el activismo interminable y el cansancio que provoca, la frialdad religiosa, la rutina de la existencia sin sentido y sin felicidad, la falta de proyectos y la marcada tendencia al desánimo³.

Sus síntomas o manifestaciones son un estado de pereza y tedio, desánimo, pesadez e indolencia ante la realidad. La vida, el trabajo y nuestra realidad pueden dejar de tener sentido y se convierten en una pesada carga. El cristiano, o en este caso el docente, no encuentra satisfacción ni en su vida ni en su trabajo, llegando a la pérdida de las ilusiones, los planes y proyectos, albergando en el corazón la desesperanza. La acedia es llamada, según el mismo autor, como “demonio meridiano” por que ataca al medio día, analogía para hablar de la edad fuerte del ser humano, llenando al hombre fuerte de miedo, desesperanza y tedio.

La hipótesis hasta el momento se centra en el hecho posible de que la emergencia educativa, tan difícil de contrarrestar, ha provocado un estado interior de

acecía en el corazón de los educadores, la sociedad y el estado, debilitando los esfuerzos por la mejora de tal situación, asfixiando las facultades que nos dejan sin deseo de iniciar el camino o mejorarlo. ¿Ante tal situación, qué nos queda por hacer?

Actuar⁴

Como todas las enfermedades espirituales tanto del cuerpo, del alma y de la mente, la acedia puede tener un tratamiento para hacerla desaparecer y contrarrestar sus efectos. Sin embargo, se necesita de cierta disponibilidad para salir de ella y llevar quizá por mucho tiempo las heridas que produce en el alma. Los educadores, estados y familias que viven en esta experiencia en el campo educativo deben comenzar por abandonar los pretextos que produce la acedia para no realizar nuestro trabajo. Uno de los más grandes consejos que podemos recibir es el siguiente: no se escapa de la acedia huyendo de ella sino haciéndole frente.

Además, será necesario ser conscientes de que la solución contra la acedia educativa no viene del exterior, siendo una pasión del alma que nubla las facultades interiores, es necesario el trabajo personal de cada uno. Entonces para curarla en campo educativo se requiere entonces del compromiso personal de la perseverancia recordando los motivos personales por los cuales decidimos educar. No debemos olvidar que la lucha contra esta enfermedad espiritual solo se tendrá con la perseverancia y la paciencia.

Además, según Rivas Rebaque, autor que ha iluminado esta catequesis, otros recursos que parecen interesantes son:

- Recordar la caducidad de la existencia, viviendo cada instante como el último. La invitación puede enunciarse de la siguiente manera: cada clase con la pasión de la primera o con la voluntad de la última.
- Evitar eventos que nos distraigan tales como proyectos inútiles, cambios sin sentido o relaciones estériles que puedan engañar al corazón y darle un falso sentido de cambio. Es decir, poner nuestra vida y nuestro esfuerzo educativo en las manos de Dios y su acción providente haciendo aquello que a cada uno corresponde en el momento adecuado.
- Oponer a los pensamientos de la acedia pensamientos de la Escritura. O por qué no, dar sentido teológico a la acción educativa desde la experiencia de fe de la comunidad orante, pensante y confiada.
- Temor de Dios.
- El trabajo manual o aquellos que nos obliguen asiduidad, continuidad y presencia. Estamos en tiempos donde el ocio ha perdido la calidad y se da en demasía, evidenciando la necesidad de ponerlo en orden. Escribe el autor, además, evitando la tendencia al sin sentido, escapismo o victimismo del educador.
- Finalmente, la oración asidua. Tanto la oración, sin importar su simpleza incluso, como la asiduidad dispondrán el alma, del cristiano y

del educador, a la salud del alma y la perseverancia en el camino espiritual y profesional.

Conclusión

La emergencia antropológica de Occidente tiene sus causas profundas y fuertes en la emergencia educativa presente. Una emergencia marcada por el sin sentido y la falta de dirección. Dicha situación ha provocado, posiblemente, un estado de tristeza espiritual prolongada en los actores de la educación, extendiendo un peligroso círculo vicioso del que necesitamos salir. Esta acedia espiritual, puede ser vencida si una vez reconocida se actúa enfrentándose ella. La presente catequesis ha tenido el sentido de alertarnos de este estado interior que quizá ha robado esperanza a los educadores del mundo de hoy. El año jubilar tendrá el sentido de alentar nuestra lucha contra estos estados inconscientes e inadecuados del alma ayudando a los educadores a pasar del miedo y la tristeza a la esperanza cristiana e iluminando así el mundo de la educación.

Notas:

ALBUQUERQUE, E. (2011) *Emergencia y urgencia educativa. El pensamiento de Benedicto XVI sobre la educación*. Madrid: CCS.

2 ÁVALOS NAVARRO, F. I. (2020). *La emergencia educativa*. Disponible en: [La emergencia educativa](#).

3 RIVAS REBAQUE, F. (2008) *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia*. Madrid: San Pablo. Pp. 114-118.

4 RIVAS REBAQUE, F. (2008) *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia*. Pp. 186-190.